

Sujeto a la letra

*J. Alejandro Montes de Oca V.**

Escribo para cambiar la vida

Esa frase pertenece a un poema de Rimbaud: la escritura puede cambiar la vida porque conocemos la realidad sobre todo a través del lenguaje. Y la realidad no es solamente lo que vemos, sino también lo que narramos, lo que somos capaces de narrar. Evidentemente, para contar la historia, las historias de los otros, nuestras propias historias, necesitamos de un modelo, y si cambiamos ese modelo, esa estructura, cambiamos por consiguiente nuestro conocimiento de la realidad y en ese instante estamos cambiando, por consecuencia, la realidad misma.

Quien se expresa es MICHEL BUTOR

Escribir es renunciar al mundo implorando al mundo que no renuncie a nosotros

GEORGES PERROS en *Papiers Collés*

Al reflexionar sobre las relaciones entre la experiencia de sí y la escritura, Sergio Pérez Cortés funde en un sólo proceso la conciencia de sí del sujeto con la trama discursiva en donde se realiza el sistema de evidencias y significaciones. Podríamos señalar que el propósito de este trabajo es contribuir a pensar el espacio de la constitución de esa unidad imaginaria del *yo* como inseparable de las relaciones que el sujeto mantiene con la escritura, ya sea como escribidor, lector u oidor.

Al individuo que escucha la narración –escribe Pérez Cortés– se le pide que se aliene efectuando una identificación casi patológica con el relato; se le pide que escuche, repita y recuerde el mensaje en un movimiento inconsciente en el que su personalidad se anula entregándose al encantamiento. (Pérez, 1990:121)

Toda narración oída ejerce sobre el escucha una particular seducción, se diría que la escritura oída opera un encantamiento y en esto la palabra escuchada cobra una particular densidad para el

* Profesor-investigador del Departamento de Teoría y Análisis de la UAM-Xochimilco

sujeto. La lectura o la escritura, por el contrario, establecen una distancia mediada por el texto, permiten al sujeto liberarse del ritmo de lo contado, de la cadena de asociaciones inconscientes a fuerza de conservarse en el relato, ejerciendo este así una forma de alienación, el texto abre el espacio de la reflexión, de la razón.

Como última consideración preliminar es pertinente señalar que las líneas que siguen buscan únicamente establecer algunas relaciones entre la escritura y la constitución del sujeto, más particularmente entre la literalidad de lo escrito y la experiencia de sí del sujeto, y esto desde una reflexión psicoanalítica. Podría pensarse que este trabajo tendría así un interés restringido y sin embargo, nos parece necesario no olvidar –como nos lo recuerda Pérez Cortés–, que Michel Foucault ha escrito que una teoría del sujeto debe ser sobre todo una teoría de los juegos de verdad, a través de los cuales se da a pensar su propio ser cuando reflexiona sobre sí mismo y se constituye como una experiencia de sí.

Prolegómenos

El psicoanálisis impone la experiencia de la alteridad, de la otredad, “porque yo es otro” escribió Rimbaud. Esto es algo que se hace particularmente sensible en la experiencia que del sujeto nos da el psicoanálisis, y si bien es en la locura donde la otredad adoptaría la forma más radical y contundente, es en la literatura en donde el problema de la experiencia de sí y la otredad tendría una expresión más próxima. Volviendo a Rimbaud, él escribió:

el poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desajuste de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura: él busca por sí mismo, agota en él todos los venenos para conservar sólo las quintaesencias.

La publicación en 1990 de la impresionante historia de *Las gemelas que no hablaban* de Marjorie Wallace, supone un encuentro privilegiado a la vez que patético, entre la escritura, la constitución del sujeto y la locura como experiencia de lo mismo y lo otro. En este libro, Wallace narra la historia de dos gemelas idénticas hijas de un oficial británico de origen caribeño; June y Jennifer

Gibbons, quienes fueron condenadas en 1982 a reclusión bajo custodia en el hospital especial de Broadmoor de Gran Bretaña acusadas de piromanía y hurto a los 19 años de edad. Marjorie Wallace periodista del *Sunday Times*, afectada por estas gemelas negras, menudas y vulnerables que “solamente mascullaron una especie de gruñido que la audiencia interpretó como una declaración de culpabilidad”, decidió visitar a sus padres para investigar la historia. Lo que halló en la pequeña habitación que perteneció a la gemelas fueron enormes bolsas de plástico negras llenas de escritos y dibujos, grandes bolsas negras atiborradas “de diarios, originales de historias mecanografiadas, novelas y poemas, historietas ilustradas y cuadernos de dibujos”. Estas gemelas, que manifestaron desde su primera infancia una renuencia absoluta a comunicarse con otros que no fueran ellas mismas, exhibieron sin embargo una particular inclinación a dar cuenta literalmente de todo lo vivido y pensado por ellas, como si solamente en el espacio de la escritura les fuera dado existir como sujetos.

Cuenta Marjorie Wallace, en la introducción a su libro, que mientras se ocupaba de ordenar y leer aquella profusa producción de escritos que contenía incluso una novela impresa escrita por June, *Adicto a la Pepsi-Cola*, recibió una llamada del doctor Le Couteur psiquiatra en Broadmoor, quien le “pidió ayuda para intentar que éstas volvieran a escribir” ya que habían caído en el más completo mutismo. M. Wallace accedió a visitarlas, y después de pasar a través de las numerosas barreras entre el mundo y la sala de visitas del hospital especial de Broadmoor, describirá así su primer encuentro con June Gibbons:

vi a dos enfermeras que sostenían la rígida figura de una chica, como si fuera un féretro apoyado en sus hombros. La chica no se movió, tenía la mirada caída y sus brazos colgaban pesadamente a ambos lados de su cuerpo. Su cara carecía de expresión, como si la vida la hubiera abandonado. (...) En esta ocasión, sentada al otro lado de la sencilla mesita frente a la aparentemente muerta June, me pareció que todo contacto era imposible; pero de forma progresiva, según le iba hablando de sus escritos, pude percibir un cierto parpadeo en sus ojos y que su boca iba esbozando algo similar a una sonrisa. Aún así, sus palabras eran atormentados susurros, su yo se debatía entre una desesperada necesidad de hablar y una orden interna y destructiva que le prohibía tomarse

tal libertad. Empezaba a contarme algo cuando, de pronto, se callaba como si una presencia invisible le hubiera rodeado la garganta con sus manos. ¿Quién o qué podía tener tal poder sobre un ser humano de forma que pudiera imponerle silencio e inmovilidad a lo largo de toda su vida? (...) Me sentí como un detective siguiendo la pista de la historia de un crimen, sólo que en este caso el "cuerpo" todavía gozaba de vida y el asesino era alguna persona o algún poder en su mente.

Posteriormente visitaría a Jennifer, quien se encontraba en aquel momento en la unidad de cuidados intensivos por haber atacado a una enfermera que había interceptado una carta dirigida a su hermana June.

Jennifer vino acompañada de dos enfermeras que abultaban el doble de ella. Se sentó junto a la mesa frente a mí y aquellas se quedaron cerca para poder observar y escuchar. Abrí mi portafolios y le mostré los folletos sobre el curso de redacción. Jennifer se mostró interesada en ello. Al principio no hablaba, solamente emitió sonidos entrecortados y lanzó significativas miradas a las enfermeras; saqué papel y un bolígrafo y conduje nuestra conversación por escrito, entonces decidió hablar. Me dijo que su principal preocupación era que le habían separado de su hermana y que estaba desesperada porque las volvieran a juntar.

En esta narración, por una parte pareciera observarse una imperiosa necesidad del otro como constatación de sí mismo, reflejo idéntico de sí como única evidencia posible de existencia. Por otra parte, el sujeto pareciera solamente poder constituirse en el único espacio objetivo posible, el de la escritura.

Narra M. Wallace, que entre ella y las gemelas

se fue creando una amistad fría y distante, como la de los gatos, pero con confianza y respeto por ambas partes. Nos carteábamos y me permitieron que estudiara sus diarios –más de un millón de palabras–, escritos en los cuadernos que les daban en la prisión; cada página estaba escrita de principio a fin, con la escritura más minúscula que he visto en mi vida, casi demasiado pequeña para leerla a simple vista. No dejaban el más mínimo espacio en blanco, era un densa masa de palabras, formada de manera pulcra y cuidada, como pequeñísimas puntadas negras a lo largo

de una costura, cuatro líneas de su escritura entre cada dos líneas marcadas en su cuaderno.

Fui examinando el texto muy atentamente —escribe M. Wallace— y poco a poco descifré palabras, después líneas y finalmente párrafos. Todas las frases estaban escritas de una manera tan impresionante que era imposible no terminarlas una vez empezadas. Me sentí profundamente afectada e implicada en el caso al comprobar la minuciosa rutina diaria de las gemelas, y sus pensamientos, sueños, reflexiones y, a menudo, impresionantes imágenes me absorbieron totalmente. Cuando ellas se sentían apáticas y cansadas, yo me sentía igual. Mi humor variaba al ritmo del suyo. Sus descripciones eran tan detalladas y tan gráficas que pude vivir sus experiencias y entender algo de sus complicadas mentes. Progresivamente pude reconstruir el triste drama de sus vidas.

Las citas precedentes nos acercan a esa particular relación entre lo escrito y lo vivido. Tanto para las gemelas alienadas como para la escritora, la escritura ejercería una suerte de sujeción, en ambos casos el espacio de la escritura ofrecería el espacio de constitución como sujetos.

El trabajo que sigue se propone trabajar en torno a las relaciones entre la locura, lo literario y la experiencia de sí del sujeto. Partimos de las relaciones entre la entrada a la psicosis y la literalidad, buscando precisar los vínculos existentes entre la locura y la escritura. Pareciera claro por una parte que si la escritura estuviera elaborada a partir de construcciones discursivas metafóricas, que producirían al sujeto a partir de una serie de figuras sustitutivas, sería ésta una vía para la distancia reflexiva y la creación, y que si por el contrario ésta estuviera construida como delirio, estaría elaborada más del lado de la literalidad y por lo tanto de la psicosis.

Si algo sorprende del magnífico relato de Marjorie Wallace, es la enorme cantidad de escritura con propósitos literarios producida por las gemelas y, de igual manera, ese afanoso designio de dar cuenta *literalmente* de todo lo “vivido” por ellas. Vida y escritura se confunden, lo vivido pasa a ser lo escrito, lo contado, lo único verdadero:

conversé con los miembros del personal del centro para delinquentes juveniles de Pucklechurch, así como con los doctores y

personal de Broadmoor. Mis entrevistas me demostraron la impresionante exactitud con que estaban escritos los diarios de las gemelas, incluso en los más mínimos detalles; su descripción de los hechos es impecable y sus interpretaciones y juicios acertados. En ciertas ocasiones, en las que parecía haber discrepancia entre lo que se me decía y lo que aparecía en los diarios, si continuaba investigando al respecto, a la persona que me había informado no le quedaba más remedio que admitir que los diarios estaban en lo cierto y ella equivocada.

El fascinante relato sobre estas gemelas, tejido con una gran sensibilidad por Marjorie Wallace, me impresionó desde mi primera lectura y sirve de forma admirable, para introducirnos literariamente en el ámbito de las relaciones que la constitución del sujeto guarda con la escritura.

Tesis

Toda forma literaria tiene de alguna manera que ver con una cierta supresión de la realidad, con un afán desmesurado por corregir la creación, por suplantar el mundo creando una realidad distinta. Toda narración literaria implicaría así, la negación de una realidad intolerable para producir en su lugar una realidad mejor o al menos diferente. La locura, también tendría que ver con cierta supresión de una realidad intolerable con lo que guardaría cierta semejanza con lo literario. Sin embargo, lo literario tendría lugar en los registros de lo simbólico y lo imaginario, en tanto que fundada en la metáfora y de esta forma, se constituiría en objeto de una experiencia. La psicosis por el contrario, se jugaría fundamentalmente en el registro de lo real en tanto que inscrita en la literalidad, en donde el sujeto nunca podría diferenciarse como tal, ya que no habría distancia posible.

La entrada en la psicosis pareciera estar marcada por algo del orden de lo dicho, o quizás mejor, de lo escuchado e ins(es)crito en la persona como destino. Cierta escritura en lo real, vivida como viniendo de fuera implica al individuo con la fuerza de la certidumbre y, a partir de entonces, se establecería una exterioridad al interior del sujeto. Algo que lo implicaría y le es ajeno se le impone

con la fuerza de la certeza y lo hace otro para sí mismo. “Lo que hay de tangible en el fenómeno de todo lo que se despliega en la psicosis, es que se trata del abordaje por el sujeto del significante en cuanto tal, y de la imposibilidad de ese abordaje.” (Lacan, 1984:456)

“¿Quién ha soñado alguna vez que se ha convertido en una asesino y que vive su vida acostumbrada sólo formalmente?”, se pregunta Peter Handke, escritor austriaco, al comienzo de su novela *El momento de la sensación verdadera*. Esa pregunta angustiada pareciera marcar el gozne entre lo soñado y lo vivido, lo onírico y lo verdadero o como aquí lo hemos apuntado, lo imaginario y lo real. Coyuntura que señalaría más una articulación que una separación. El sueño pareciera siempre venirnos de fuera, se ha soñado por la noche algo que al día siguiente relatamos con una sensación de extrañeza. Hemos sido ocupados mientras dormíamos por esas escenas oníricas y sin embargo, lo acontecido en el sueño se constituiría en una experiencia en ocasiones más verdadera que la vida cotidiana, en la que de alguna forma seríamos vividos por las circunstancias de todos los días.

El hecho es que el soñante se acuerda de su sueño como de un mensaje enviado por otro, a tal punto que no sería una manera falsa de expresarse si se comenzara el relato de un sueño así: “un sueño me ha dicho que yo estaba en tal lugar... etcétera”. Sin lugar a dudas, este mensaje concierne al sujeto. (Safouan, 1985:130)

Peter Handke continúa escribiendo:

En una de esas noches, a finales de julio, Gregor Keushnig tuvo un largo sueño, que comenzó con que había matado a alguien. De golpe, ya no formaba parte del conjunto. Intentaba cambiar, como lo intenta el que busca un nuevo empleo en los anuncios; pero para no ser descubierto tenía que vivir como hasta entonces y, sobre todo, seguir siendo él mismo.

Algo en el sueño ocupa al sujeto en los dos sentidos del término, es decir, lo somete a una tarea y a la vez lo habita desbordándolo. Lo obliga a una tarea imposible y a la vez inevitable, la de darle sentido a aquello que no puede tenerlo, porque algo del orden de

lo real ha ocupado su vida imaginaria desalojándolo. A partir de su sueño, Keushnig intenta seguir siendo él mismo, pero ya no forma parte de la cadena significativa, de ese conjunto de sentidos que le permiten reconocerse a sí mismo. Algo relativo a la significación lo ha extrañado, algo escrito en el sueño le imposibilita ese abordaje del significante.

Primera escritura

Daniel Paul Schreber fue un abogado alemán que en junio de 1893 fue designado presidente del Senado de la Corte de Dresde, hecho que lo precipitó en la locura. No obstante entre 1900 y 1902 escribió la obra que lo inmortalizaría: *Legado de un enfermo de los nervios*, sobre todo a partir del estudio que sobre él realizara Sigmund Freud. Schreber en su *Legado*, escribe:

Después de curarme de mi primera enfermedad de los nervios, pasé con mi esposa ocho años de felicidad en todo sentido, ocho años llenos de honores, oscurecidos solamente cada tanto por la frustración de la esperanza que teníamos de ver bendecida nuestra unión con el nacimiento de un hijo. En junio de 1893 se me notificó (lo hizo el ministro de Justicia, el doctor Schurig en persona) mi próximo nombramiento como presidente de la Cámara del Land de Dresde.

En esa época tuve algunos sueños a los que no presté una atención particular, y jamás les hubiera prestado atención alguna –aunque sólo fuera por el adagio de que “los sueños, sueños son”– si después de algunas expresiones que tuve mientras tanto, no hubiera pensado por lo menos en la *eventualidad* de que en alguna medida pudieran estar en relación con una conexión de nervios divinos en mi persona(...) Un día sin embargo, una mañana –todavía no me había levantado (no se si estaba medio dormido o ya despierto)– tuve una sensación que, cuando volví a pensar en ella totalmente despierto, me perturbó de la manera más extraña. Era la idea de que, a pesar de todo, sería algo muy bello el hecho de ser una mujer en el momento en que es penetrada por el hombre. Era una idea tan extraña a toda mi naturaleza que, si se me hubiera ocurrido estando plenamente consciente, la habría rechazado con indignación. Teniendo en cuenta las cosas que viví desde ese momento, no puedo descartar

la posibilidad de que haya actuado una influencia exterior que me impuso esa representación. (Schreber, 1985:53)

A Schreber esta sensación le resulta, como representación, a la vez ineludible e impensable, y sin embargo no puede negarla y por lo mismo lo perturba “de la manera más extraña”. Afirma que es una idea tan ajena a su naturaleza que con plena conciencia debería de ser rechazada por completo y sin embargo se le impone desde el exterior, es en esta ensoñación en donde algo se ins(es)cribe en él. Una auténtica revelación, en un sentido religioso, se escribe literalmente en esta sensación. Y a partir de esa vivencia no podrá apartarse más de la tarea imposible de dar cuenta de su experiencia de conexión con los nervios divinos.

Las inspiraciones patológicas reclamaban al enfermo a punto tal que, inaccesible a cualquier otra impresión, permanecía sentado durante horas totalmente absorto e inmóvil (estupor alucinatorio), y por otra parte lo martirizaban tanto que deseaba la muerte: en el baño hizo varios intentos de ahogarse y pedía el “cianuro que le estaba destinado”. Poco a poco, las ideas delirantes cobraban el carácter de lo mítico, religioso, mantenía trato directo con Dios, era juguete de los demonios, veía “milagros”, escuchaba “música sacra” y, en fin creía vivir en otro mundo. (Freud, 1976: T, XII, 14-15)

Después de esta escritura “críptica”, o mejor dicho onírica de la revelación en Schreber, él ha quedado fuera del discurrir y discursar cotidianos, ha sido ocupado literalmente por otro. Después de este “momento de la sensación verdadera” él adviene, al costo de sufrimientos inauditos, en evidencia de la significancia de Dios. Su *Legado* no es otra cosa que un intento desesperado y brillante de dar cuenta de un imposible, esto es, “del abordaje por el sujeto del significante en cuanto tal, y de la imposibilidad de ese abordaje”.

El texto

Cuando Schreber habla de su “revelación”, dice haber tenido una sensación, Lacan dirá que “tuvo un fantasma”, pero en cualquier

caso este momento tiene la forma de un arcano, de algo inscrito que contendría el secreto de todo su delirio posterior. Su padre llevaba por nombre además de Daniel, que es el mismo de él, Gottlieb, que literalmente traducido sería *querido de Dios*. Lacan en su seminario sobre la psicosis nos advierte sobre el hecho de que esta revelación inicial o pensamiento del comienzo de su delirio contiene ya en forma cifrada el tema final del mismo.

Hay razones, sin duda alguna, –escribirá– para relacionar ambos términos: la primera aparición de ese pensamiento que atraviesa la mente de Schreber, aparentemente sano entonces, y el estado terminal del delirio, que lo sitúa a él mismo como ser completamente feminizado, una mujer, así lo dice, frente a un personaje omnipotente con el que tiene relaciones eróticas permanentes. (Lacan, 1985:94)

Lo que nos interesaría destacar aquí es la existencia de algo que hemos llamado una primera escritura imaginaria, a partir del texto schreberiano, que anunciaría tanto el brotamiento psicótico como prefiguraría, metonímicamente, la significación del relato del delirio. En aquella ensoñación a duermevela de Schreber, esa representación imaginaria que juzga indigna, queda no obstante ins(es)crita literalmente, de forma tal que es interpretada más tarde por él como proveniente de fuera de sí mismo por una “conexión de nervios divinos”. Moustapha Safouan en *El inconsciente y su Escriba*, dirá que:

el sueño, tanto como un lapsus o un chiste, atestigua la existencia de una función autónoma del significante, diferente, hasta divergente de la del discurso intencional; esta función no es de comunicación, ni de comunión, sino de hacer oír la verdad. Produciéndose en el transcurso del dormir, el sueño pone de relieve particularmente la estricta subordinación del significante a esta función de verdad. (Safouan, 1985:131)

Que la verdad de la locura se da en el delirio del psicótico lo sabemos desde Freud, ya que es él quien nos hace escuchar el relato de Schreber, para que a través de su análisis sepamos de la locura.

Sin embargo, pareciera que el enigma de la experiencia psicótica permaneciera atrapado en la escritura del texto del delirio:

que el propio Dios –escribe Schreber– hubiera sido el cómplice, si no el instigador primero, del plan urdido para perpetrar en mí el asesinato del alma y entregar mi cuerpo a la subasta como el de una prostituta femenina, es un pensamiento que se me impuso mucho más tarde y que en realidad sólo tuve claro en la conciencia *durante la redacción* de presente trabajo (Schreber, 1985:75, subrayado mío).

Se descubriría aquí una relación precisa entre la literalidad de aquella primera escritura imaginaria del delirio psicótico y la literalidad del texto de Schreber. Es sólo durante la redacción del texto que él puede hacer consciente el pensamiento del asesinato del alma con todas las consecuencias en su delirio que esto le acarrea, y es precisamente en este esfuerzo de literaturización de su delirio que él logra una cierta forma de escucha, constituyéndose por la escritura un sujeto que logra ser oído por la Cámara de Apelaciones, consiguiendo la interdicción que pesaba en su contra.

Existe entonces una relación particular entre escritura y sujeto por un lado y la literalidad y el ser del fenómeno psicótico por otro. Relación compleja a la que apunta Lacan cuando se pregunta: “¿Qué es el fenómeno psicótico? La emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería –en la medida en que no se le puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización– pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio” (Lacan, 1985:124). Es incontestable que el fenómeno psicótico se produce a partir de una ruptura del registro simbólico, en el caso de Schreber su ensoñación aparece como radicalmente insimbolizable, “se trata –nos dice Lacan– del rechazo, de la expulsión, de un significante primordial a las tinieblas exteriores, significante que a partir de entonces faltará en ese nivel”. (Lacan, 1985: 275) Y es esto justamente lo que constituye lo particular y esencial del aporte lacaniano: la ubicación del ser del fenómeno psicótico en el orden del lenguaje.

Si el psicoanálisis habita el lenguaje, no le es dable desconocerlo sin alterarse en su discurso. Este es todo el sentido de lo que enseño

hace algunos años, y hasta ahí hemos llegado en lo tocante a la psicosis. La promoción, la valorización en la psicosis de los fenómenos de lenguaje es para nosotros la más fecunda de las enseñanzas. (Lacan, 1985:208)

Habrá que insistir aún, por si esto fuera necesario, sobre la estrecha relación entre este radical rechazo –forclusión dirá Lacan– de un significante primordial, que así instituye una forma de sujeción literal al lenguaje, y la constitución del sujeto por la escritura que constituye a su vez una forma de sujeción a la letra del discurso. “Constitución del sujeto y constitución de la trama fundamental en la que se realiza su experiencia, son dos aspectos de un único proceso”. (Pérez, 1990:128)

El *Legado* de Schreber pareciera existir con un objetivo único. La escritura toda del largo texto schreberiano, pareciera destinada a salvar el núcleo duro de la primera escritura de la forclusión del nombre del padre, en el fantasma de *ser una mujer sufriendo el acoplamiento*. Esta idea pareciera ser para él lo único irreductible: “había tomado consciencia de que, lo quisiera o no, la eviración era un imperativo absoluto del orden del Universo y *procurando un compromiso razonable*, no me quedaba otra solución que hacerme a la idea de ser transformado en mujer”. (Schreber, 1985:180) Freud también lo señala al escribir que “la mudanza en una mujer había sido el *punctum saliens*, el primer germen de la formación delirante; (y que esto) demostró ser también la única pieza que sobrevivió al restablecimiento, y la única que supo asegurarse su lugar en el obrar efectivo del ahora sano”. (Freud, 1976. T. XII, 20)

Inferencias y referencias

Hay, a pesar de todo, algo que pareciera desvanecerse al conceptualizar el fenómeno psicótico, aquello que de inédito habría en el texto del delirio de Schreber y que sería lo que constituiría el *Legado de un enfermo de los nervios*, que es como él titula su texto, que al español ha sido traducido como *Memorias de un neurópata*. Escrito éste, el de Daniel Paul Schreber, que valdría la pena caracterizar con lo dicho por Moustapha Safouan respecto a otro libro: “Texto en el que el *sujeto* se sitúa como ignorancia ubicada de un lado del velo: el velo

de las creencias. Es entonces del lado de la ignorancia de donde sobreviene, a título de un hallazgo, el significante del que resulta el sentido inédito”. (Safouan, 1985:75)

Este *punctum saliens* que nosotros ubicamos en el lugar de esta primera escritura de la forclusión del nombre del padre, nos permite hablar ahora desde una perspectiva particular del ser del fenómeno psicótico porque, “si bien es cierto que el ser sólo se nos da en el discurso (pensamiento y lenguaje), también lo es que el lenguaje manifiesta el ser, dice el ser; ya hay trampa al privilegiar sólo el lenguaje, en detrimento del ser”. (Beuchot, 1994:20) El problema del ser ha sido uno de los problemas más espinosos de la filosofía contemporánea, incluso se ha buscado desplazarlo al referirlo como problema metafísico. “Ahora se tiene recelo a la palabra ‘metafísica’, –nos dice Beuchot– y se buscan ontologías no metafísicas; pero creo que ahora es cuando más resulta necesario no apartarse de la dimensión metafísica de la ontología”. (Íbid. 19) Y si ahora buscamos en este breve rodeo por la metafísica, es en razón de que este problema está íntimamente vinculado a la relación del sujeto al significante. Así escribe Safouan:

es pues en torno de la relación del sujeto con el significante donde se establece –como dice Lacan– el verdadero desmarcaje: o bien se parte del sujeto que *se* representa, y por lo tanto se conoce, con el riesgo de dar a este conocimiento el viático de “inconsciente”, o bien se parte del significante en tanto que él divide al sujeto, dejando que se perfile una unidad que siempre se escabulle. Se parte de la unidad y la identidad; o se parte de lo que el significante determina como pérdida de la una y de la otra. (Safouan, 1985: 108)

Cuando nosotros hablábamos del fantasma o representación fundante de la psicosis en Schreber, intentábamos destacar la literalidad de esta escritura coagulada, ya que era ésta la que por un lado marcaba la irrupción del significante forcluido, pero por otro, era justamente su carácter de escritura lo que daba lugar al texto schreberiano. Y es en el texto de Schreber donde se manifiesta el ser del fenómeno psicótico. Es así que Schreber escribe con deslumbrante claridad: “pensamiento que *se* me impuso mucho más tarde y que en

realidad sólo tuve claro en la conciencia *durante la redacción* del presente trabajo”. (Schreber, 1985: 75, subrayado mío.)

Cuando Safouan escribe acerca de la barra que separa signifi-
cante y significado dice:

se trata de una separación que reposa sobre el descubrimiento, bajo la “positividad” aparente del vocablo, de su *estructura de significante*; y, al mismo tiempo, de los mecanismos *generadores del significado*, mecanismos que nos es posible encontrar cada vez que un sentido inédito o simplemente inesperado se desliza bajo el significante. (Safouan, 1985:64)

Y es justamente este sentido inédito del discurso schreberiano (pensamiento y lenguaje) el que se produce y se oculta en el texto y al cual nos referimos cuando hablamos del ser del fenómeno psicótico, que no obstante al escribirse literalmente pareciera siempre destinado a perderse.

Perdida que no obstante se indica (...) en lo que Freud llama *Wunschvorstellung*, término que se traduce en forma corriente como “representación de deseo”. (Mas) todavía es necesario señalar que esta representación no representa ningún objeto: más bien es la *falta de ser* lo que se inscribe en esta “representación”. (Safouan, 1985:108)

Y quizás entonces cuando hablamos del ser del fenómeno psicótico debiéramos decir, con mayor propiedad, falta de ser. Falta de ser que sin embargo hemos visto se es(ins)cribe en el texto. Safouan dirá refiriendo a Lacan: que “el *hecho* de que una *Wunschvorstellung*, EX-SISTE sobre otra cadena, no puede ser más que el efecto de la sujeción del sujeto en la cadena significante” (Íbid., 106). Otra cadena que se escribe, y literalmente constituye su *Legado*, es decir, su discurso-pensamiento y lenguaje. El deseo así, la “representación de deseo” se significa a la letra, quedando por eso el significante como marca de una escisión; dividiendo al sujeto a la vez que representándolo en lo que tiene de más huidizo, como falta de ser, haciéndolo así por una parte irrecuperable, pero por otra parte haciéndolo emerger en ese mismo movimiento, como sujeto a la letra.

Epílogo

Al final de su libro, Marjorie Wallace escribe:

El 19 de septiembre de 1983, fui a visitarlas: Jennifer tenía la cara hinchada y los ojos tristes, pero de repente recobró toda su vitalidad cuando le hablé de la posibilidad de utilizar sus diarios para escribir un libro y de que algunas cosas de lo escrito por ella tal vez pudieran publicarse. June todavía seguía en la unidad de cuidados intensivos. Su cara también estaba hinchada, las manos le temblaban y apenas hablaba, pero me dio un libro de poemas que había escrito. Cuando los leí, en el tren de vuelta a Londres, sentí un picor en los ojos. Los “Poemas de septiembre”, a veces había escrito tres o cuatro en un sólo día, eran tan patéticos y melancólicos que me parecían algo muy diferente de lo que se podría esperar de un psicópata peligroso.

“Soy inmune a la cordura o la locura
soy una caja de regalo vacía; totalmente
desempaquetada a disposición de alguien.
Soy una cáscara de huevo desechada,
sin vida en mi interior, porque no soy
tangible, sólo una esclava de la nada.
No siento nada, no tengo nada porque soy
transparente a la vida; soy la plateada
cola de un globo; un globo que volará
lejos sin oxígeno en su interior. No siento nada,
porque no soy nada, pero puedo
ver el mundo desde aquí arriba.”

Nada que se escribe en su falta de ser, lenguaje que manifiesta no obstante, ese ser, en lo que tiene justamente de intangible, de indecible. Falta de ser que emerge literalmente en el texto y, que sólo así ex-siste como literatura y como deseo. Deseo que se significa como paradoja en el texto; “ver el mundo” sujetándose de esa forma a la cadena significativa para así, en ese mismo movimiento, constituirse como sujeto... a la letra.

Bibliografía

- Beuchot, Mauricio (1994), "La filosofía del lenguaje en la Edad Media", Entrevista aparecida en la *Jornada semanal*, no. 247 del 6 de marzo de 1994.
- Freud, Sigmund (1976), "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente", en *Obras completas*, Tomo XII, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Handke, Peter (1992), *El momento de la sensación verdadera*, CNCA/Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, México.
- Lacan, Jacques (1985), *El seminario 3 las psicosis*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Pérez Cortés, Sergio (1990), *La escritura y la experiencia de sí aparecido en: Crítica del sujeto*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Schreber, Daniel Paul (1985), *Memorias de un neurópata (Legado de un enfermo de los nervios)*, Argot, Compañía del Libro, S.A., Barcelona.
- Safouan, Moustapha (1985), *El inconsciente y su escritura*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Wallace, Marjorie (1990), *Las gemelas que no hablaban*, Ediciones Siruela, Madrid.

